

Basadre: Crítica y responsabilidad

Max Hernández

Reconozco que la mía no ha sido la vida de un héroe. He tratado, sin embargo, en todo momento, de que sea la vida de un hombre justo.

Jorge Basadre

Nacido en la Tacna cautiva, huérfano de padre muy temprano, desterritorializado y nostálgico, solo le quedaba enseñorearse del tiempo. Su destino de historiador estaba sellado. Su interés por la historia de la República fue evidente desde sus primeros artículos.

El plebiscito de Tacna y Arica de 1925 dio lugar, en sus propias palabras, "a una dramática definición ideológica". Siendo adversario de Leguía, sintió que su "deber de tacneño y de peruano era ir al plebiscito", lo que "produjo [su] ruptura con los grupos estudiantiles e ideológicos de extrema izquierda en Lima".

Sus trabajos de juventud, desde el "Programa analítico de Historia del Perú"; *La multitud, la ciudad y el campo* (1929), basado en un discurso pronunciado en presencia de Leguía; *La iniciación de la República* (1929-1930), según Antonio Zapata una

vuelta de tuerca a su tesis, hasta *Perú: Problema y posibilidad* (1931), fueron obra de un joven abogado sanmarquino cuando aún no había ganado la beca Carnegie, ni concurrido a la Universidad de Berlín, ni trabajado en los archivos sevillanos, ni en el Instituto de Investigaciones Históricas de Madrid. Todo había sido producto de un esfuerzo "auto-docente, sin maestros, sin director de tesis, sin base de ninguna especie que [lo] orientara en los estudios".

La figura del joven Basadre representa un importante momento del San Marcos bibliófilo y creador: el que se expresó a partir de la Reforma Universitaria de 1919 y que encarnaron los miembros de la generación de la Reforma, del veinte o del Centenario (1921) de la que fue uno de los miembros más jóvenes. Generación que,

Max Hernández es psicoanalista.

como señala Pablo Macera, "necesitaba herramientas ideológicas propias; entre ellas, una interpretación del pasado". Una generación que no surgió *ex nihilo* sino que se nutrió de la visión, la generosidad y los desvelos de hombres como Pedro Zulen, bibliotecario ejemplar y uno de los profesores sanmarquinos que introdujo la obra de Freud.

Basadre asumió la tarea de historiar nuestra realidad republicana "lejos de todo afán de exaltar o de denigrar, de todo prejuicio o superstición sea de familia, de persona, de clase, de secta o de doctrina solo con el propósito de conocer cómo se ha formado y cómo ha vivido el Perú...". Su obra contiene los trazos que, por un lado, pueden permitir comprender el modo como se fueron configurando las significaciones que se constelan en instituciones que van dando estabilidad a estructuras que actúan como sistemas comunitarios y, por otro, abren la posibilidad de indagar cómo la serie de crisis que vivió el país en los años formativos de la República convergieron sucesivamente en graves crisis.

Las reverberaciones de la escisión traumática que significó la Conquista continúan afectando nuestra historia, se reproducen en muchas de nuestras instituciones y atraviesan nuestras maneras de sentir, percibir y pensar. Los intentos contemporáneos de

solución reproducen las viejas exclusiones propias de la herencia colonial y de la República inicial. Es como si, como consecuencia de las condiciones iniciales, los peruanos estuviésemos divididos por un tajo vertical que puede desplazarse de derecha a izquierda y de izquierda a derecha y que dificulta la posibilidad de compartir una tradición y saldar las deudas sociales no resueltas. Las tensiones existentes entre los dos segmentos inicialmente antagónicos que escindieron a la sociedad peruana se añaden a las dificultades ordinarias de relación entre los individuos y su entorno social y activan los conflictos que se juegan en el mundo subjetivo.

Basadre nunca perdió de vista que en cada momento y bajo cualquier forma histórica el individuo es una creación social. Sus retratos a mano alzada hacen más que dar un rostro a los personajes: nos dejan ver que ellos, sus acciones y sus discursos son como la quintaesencia de las complejas corrientes anímicas que agitaban a los hombres de la época y echan luces sobre la penumbra psicosocial en que se movían y las complejas ambiciones que los movían. El recuento de los enfrentamientos por el sillón presidencial o por la hegemonía de un país sobre otro metaforiza aspectos capitales de la historia de las luchas por el poder y muestra las luchas entre hombres que "prescindían en

sus actos de las teorías y doctrinas, ni eran reaccionarios ni eran utopistas".

Discursos cuyos fundamentos podrían haber sido complementarios se elaboraron desde posturas extremas e intransigentes. Albert O. Hirschman esboza las principales tesis reactivo-reaccionarias que se opusieron sucesivamente a las afirmaciones de las dimensiones civil, política y social de la ciudadanía: la tesis de la perversidad (toda acción deliberada para mejorar el orden político, social o económico produce un efecto exactamente contrario al buscado); la tesis de la futilidad (toda tentativa de transformación social es inútil), y la tesis del riesgo (el costo del cambio es demasiado alto y pone en peligro lo logrado con anterioridad). Luego pasa a examinar la retórica de discursos políticos antagónicos y señala ciertas constantes que lo llevan a pensar que dichos discursos están configurados principalmente por los imperativos de la argumentación.

Cornelius Castoriadis ha elaborado sus ensayos acerca de "la institución imaginaria de la sociedad" apelando a *insights* del psicoanálisis. Las instituciones se originan en un imaginario social que se entrecruza con lo simbólico. De ese modo forman una red que orienta y condiciona tanto la acción cuanto la representación de cada sociedad. Las instituciones no son exclusiva-



mente simbólicas ni funcionales. Tanto la dimensión significativa cuanto el hacer social son indisolubles. Esta doble dimensión lleva a Castoriadis a afirmar que lo instituido no es totalmente racional, pero tampoco es caótico. Por ello lo factible, lo probable, lo realizable puede actualizarse.

"La institución de la sociedad —escribe Castoriadis— es cada vez la institución de un magma de significaciones imaginarias sociales" que da cohesión al conjunto social e instituye una forma social determinada. Una vez instituida reprime las capacidades imaginativas y da lugar a la conformidad y a la repetición. Las lentas transformaciones naufragán en los escollos de un pasado que se repite. La

más somera revisión de los trabajos de Basadre hace posible ver la persistencia de hábitos y prejuicios coloniales que permiten entender más de un fallido intento republicano. Pero también la lectura de su obra nos permite asomarnos al proceso de selección, ensamblaje y elaboración de ideas y prácticas por grupos específicos en ámbitos culturales y sociales determinados que —como afirma Carmen Mc Evoy— no son tomados en consideración por los estudiosos.

Basadre mantuvo su curiosidad juvenil y estuvo al tanto de los cambios que se daban en el mundo. La humanidad, nos dice Edgar Morin, debe prepararse para el advenimiento de la era planetaria. Su trágica

gestación ha estado marcada por el abuso, la servidumbre y la esclavitud. En el siglo XX ha significado guerras brutales, crisis económicas, la amenaza atómica y, en este nuevo milenio, los horrores de la prepotencia tecnológica y de la desesperación terrorista. Sin embargo, la extraordinaria producción de medios de comunicación nos abre la posibilidad de devenir una sociedad universal. Falta para ello una toma de conciencia de que la humanidad entera conforma una comunidad de destino que enfrenta los mismos problemas fundamentales: la amenaza nuclear, la degradación de la biosfera y sobre todo las tendencias a la autodestrucción que se muestran en cada uno de nosotros.

Celebrar el centenario de Basadre es tomar conciencia de que en nuestra patria fueron pocas las veces que la soberanía popular ha sido la fuente de legitimidad del orden político. Es tener claro que la posibilidad de la política como ejercicio democrático requiere el desarrollo de la conciencia cívica de la ciudadanía, la sensibilización de la comunidad a los valores de la solidaridad y el mejor conocimiento de la diversidad que conforma la nación. Es asumir la necesidad del reconocimiento y el respeto a las diferencias tanto de los individuos cuanto de los grupos sociales. Es, en suma, impulsar una profunda transformación del *ethos* societario. ▲